



La estación perdida

Use Lahoz
Alfaguara. Madrid, 2011
535 páginas. 19 euros

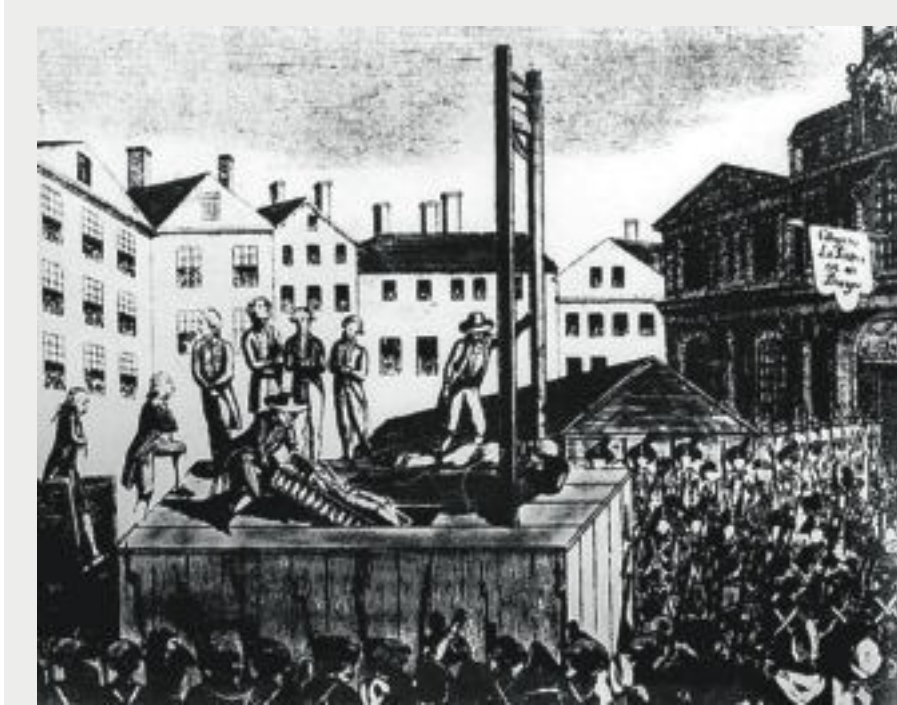
NARRATIVA. AL FINAL de la primera parte de la novela, se nos dice que Santiago, el personaje principal, es un hombre que está vacío. Muy cierto, se nos ha ofrecido únicamente una superficie plana y sin matices y desarrollado por el personaje una considerable antipatía. El problema es que en las cinco partes restantes esa vaciedad no acaba de llenarse. No sólo porque así ha sido concebido el carácter del personaje, cosa plausible, sino también por la cortedad expresiva de la prosa. Suerte que el personaje femenino que le acompaña, Candela, la mujer enamorada para siempre, queda muy bien perfilada afilando con precisión ese único rasgo de carácter y explotando la raigambre literaria de este tipo de personaje. Las escenas en que esa mujer participa tienen la plasticidad que falta a las demás. Use Lahoz (Barcelona, 1976) narra linealmente la vida de esta pareja junto a numerosos secundarios, entre los que destacan por su originalidad los montevideanos, y al mismo tiempo va dando noticia detallada de las ciudades donde se desarrollan los acontecimientos y de los accidentes políticos y sociales del momento (finales del franquismo y primeros años de la democracia, principalmente). Con eso se gana la complicidad del lector identificado con esos lugares y tiempos, aunque no se sabe por qué a Zaragoza se la menciona simplemente como “la capital”. El texto entero tiende al costumbrismo tradicional, a la contemplación más bien divertida (es una historia dramática que tiende a la comedia, como en el cine) de sucesos y accidentes que se suceden unos a otros sin demasiado orden. Como Lahoz se apunta a la moda de producir obras de volumen considerable (nada es menos cierto que la extendida opinión de que la falta de tiempo del lector actual obliga a publicar libros breves), son tantas las vistosas peripecias a las que asistimos que al final el amigo Santiago y su adorada consorte nos parecen conocidos de toda la vida. Que, supongo, es de lo que se trata. **Lluís Satorras**



Suomenlinna

Javier Calvo
Alpha Decay. Barcelona, 2010
96 páginas. 12 euros

NARRATIVA. NO RESULTA SUFICIENTE, para convencer y entusiasmar al lector, construir un buen escenario que albergue unos cuantos símbolos decantadores de su propia realidad —Suomenlinna, la fortaleza del mar, con sus seis islas de color esmeralda y sus murallas de piedra—, si todo ello se pone al servicio de una historia más que previsible y, en buena medida, tópica: la de la adolescente Mirkka, miembro del grupo de *black metal* Las Cabras del Joulou y celosa defensora de “la Mitología del Norte”, que se siente tan traicionada por los miem-



Grabado sobre *La invención de la guillotina* de la época revolucionaria.

La oscuridad de todos

Los dioses tienen sed

Anatole France
Traducción de Luis Ruiz Contreras
Barril & Barral. Barcelona, 2010
235 páginas. 19,80 euros

Por Jesús Ferrero

NARRATIVA. ANATOLE FRANCE (1844-1924) pensaba que la independencia del pensamiento era la más orgullosa de las aristocracias. “Por la boca muere el pez”, debieron de pensar sus enemigos cuando por culpa de *Los dioses tienen sed* (título soberbio donde los haya) fue poco menos que expulsado de la historia de la literatura francesa. Eran otros tiempos, pero el castigo caló hondo, y el olvido se fue abatiendo sobre Anatole France gracias a una novela que no duda en hacer, por primera vez en Francia, una autopsia fina, profunda y soberanamente irónica de algunos de los “artistas” que colaboraron en las matanzas revolucionarias porque se creían guía-

dos por la conciencia de la historia y su luz suprema. Y sin embargo, Pierre Michon en su espléndida novela *Los once* sigue acertadamente el camino de Anatole France y nos coloca delante de once intelectuales que van a pasar a la historia por las cabezas que cortaron más que por sus obras literarias. Proust admiró profundamente a Anatole France y su figura aparece camuflada tras el nombre de un escritor imaginario, y Pla dijo de él que ya no lo leíamos porque era demasiado perfecto, y ya no soportamos la perfección. Estoy de acuerdo con Pla, y sobre todo después de haber leído *Los dioses tienen sed*, una novela que da más luz sobre la Revolución Francesa que todas las hagiografías que se han escrito y se siguen escribiendo sobre ella, por eso la reivindicó Kundera y en algún aspecto también Michon. Decía Anatole France: “La oscuridad nos envuelve a todos, pero mientras el sabio tropieza con alguna pared, el ignorante permanece tranquilo en el centro de la habitación”. Pues eso. •

bros del Partido Rural —incapaces de defender la moratoria de la caza de ballenas, preservando así la identidad nacional— como burlada y ridiculizada por sus amigos Liisa, Aleksí y el hermoso Antti, y que un día decide que “ha llegado la hora de armar algo de jaleo”. *Suomenlinna* narra el regreso de Mirkka a la casa familiar para disfrutar de un breve permiso navideño, pero Javier Calvo (Barcelona, 1973) enseguida abandona esa línea de tensión y conflicto psicológico para pasar a contar lo que llevó a la joven a cometer su hazaña de 1993. Y esa historia sí que la hemos visto y oído muchas veces, aunque varíen la música, los pósteres y otros adornos, y pese a que el narrador en sus abundantes intervenciones pretenda aleccionarnos sobre cómo hemos de leer: “Así es precisamente como funciona esta historia. No hablando del mundo con símbolos y metáforas, sino convirtiendo al mundo en metáfora de sí mismo. No ofreciendo códigos ni contraseñas para interpretar las cosas sino borrando esos códigos”. **Ana Rodríguez Fischer**

Pasado compuesto

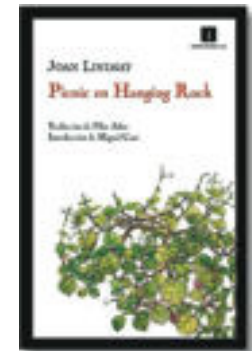
François-Marie Banier
Traducción de Luis Blat
Libros del Silencio. Barcelona, 2010
149 páginas. 14 euros

NARRATIVA. BANIER (París, 1947) sedujo a Gallimard y a Grasset en unos agitados años parisienses en los que obtuvo asimismo el respaldo y la complicidad de



Beckett y del poeta Aragon, su mentor militante y más entusiasta, el hombre que lo puso en el candelero intelectual de un mercado en el que pronto se abrió paso como escritor, como fotógrafo del *Vanity Fair*, como confesor de princesas y como *enfant terrible*. *Pasado compuesto* es un texto nacido de las radicales enseñanzas del *nouveau roman*, escrito en 1971 con una precocidad creativa sólo comparable a la del Nobel Le Clézio escribiendo *El atestado* con apenas veinticinco años, una novela a medio camino entre la asepsia de Robbe-Grillet, con su distanciamiento y su laconismo sustantivo, y cierta tradición de novelita burguesa con las tintas cargadas de esnobismo del bueno y resabiadas descripciones sociales. Es un relato acerca de la relación incestuosa entre la compleja Cécile y el desamorado y soñador Olivier, una versión *nouvelle vague* de *Ada o el ardor* llena de talento, de silencios entre frases

y de suicidios nada ejemplares. Frases breves y desnudas, etéreas, que paradójicamente transportan ideas o situaciones emocionalmente densas como minerales: remordimientos, indecisiones, pasiones desatadas junto a simbólicas palabras escritas en una libreta Moleskine al lado del cuerpo de Olivier, y la presencia de Blaise Cendrars contaminando de realidad el relato. Y, entre el lector y el relato, un narrador sumamente entrometido, cómplice. Un *narrador-voyeur* profesional, en la mejor tradición del *nouveau roman*, juez y parte a un mismo tiempo. En el posfacio de Aragon que completa el volumen, el poeta compara a Banier con otro niño prodigio, Raymond Radiguet, que escribió con veinte años *El diablo en el cuerpo*, pero entre los dos aboga por el primero, por el que siente una inusual admiración, al fin y al cabo Banier, que también hizo sus pinitos en el cine de la mano de Eric Rohmer, es una suerte de Warhol a la francesa. Y *Pasado compuesto* fue su contundente ópera prima. **Javier Aparicio Maydeu**



Picnic en Hanging Rock

Joan Lindsay
Traducción de Pilar Adón
Impedimenta. Madrid, 2010
306 páginas. 21,95 euros

NARRATIVA. *PICNIC en Hanging Rock* es la novela más conocida de su autora, la australiana Joan Lindsay (1896-1984). Publicada en 1967, cuando Lindsay tenía más de setenta años, se convirtió enseguida en una novela de culto, cosa que refrendó en 1975 una muy celebrada adaptación cinematográfica debida a Peter Weir. La acción arranca el día de San Valentín de 1900, cuando un grupo de niñas y profesoras del internado para señoritas Appleyard va de excursión a Hanging Rock, una formación rocosa, de origen volcánico, que se alza en una frondosa llanura cercana a la localidad de Woodend, al noroeste de Melbourne. Mientras la mayor parte del grupo se queda a pasar la tarde en un merendero, una de las profesoras y tres alumnas se internan en el laberinto rocoso. Pasan las horas y, de las cuatro, solamente regresa la alumna más joven, histérica y presa de un ataque de amnesia que le impide revelar qué les ha sucedido a las otras, de las que nunca vuelve a saberse nada. A partir de ahí, establecido el enigma, Lindsay no sigue los cauces de la novela tradicional de misterio. Conocedora de que un misterio irresoluble es mucho más sugestivo que uno resuelto, ni siquiera se preocupa de proporcionar al lector ninguna hipótesis acerca de lo que pudo pasar, sino que se limita a referir las consecuencias que en los meses siguientes tuvo la desaparición sobre los implicados principales, desde la directora del colegio y algunas de sus profesoras hasta las niñas supervivientes, sus padres o un turista inglés que fue testigo de los hechos. En esa inteligente elección reside parte de la magia perdurable de esta rara novela. La otra parte se debe al tono elegido, que se adapta a la perfección a la atmósfera. Como señalábamos, la novela es de 1967; sin embargo, está narrada en un encantador estilo decimonónico que, por momentos, se permite rozar lo ñoño. Si por un lado no podía ser de otra forma en una historia sobre señoritas provincianas de la época victoriana, el peligro de edulcoramiento excesivo queda desactivado por la violencia que la trama transpira desde su misma raíz. **Marcos Giralt**